

narca, no como un individuo en sí, para sí, por sí; como un producto complejo que lleva en su temperamento psicológico la complejidad de muchas generaciones conocidas y en su elemento psíquico el alma de muchas generaciones históricas. Cuando se proclamó la República y se abrogó la Monarquía, por ende, ignoraban los republicanos á qué santo encomendarse y á qué almanaque recurrir para encontrarle un especial nombre adecuado á su persona más que á su dinastía. Y le llamaron Capeto, nombre histórico del Rey Hugo, primero en la tercer dinastía francesa; sucesora de los carlovingios y de los merovingios, denominado Abad, como su apellido indica, por haber conducido, amén de los arcos militares al campo, la capa pluvial como un obispo, al coro. Y sin embargo de indicar el apellido Capeto semejantes dignidades, repugnábale oírlo á Luis XVI, el cual ponía sobre todo el apellido Borbón, llevado un día por los dos grandes reyes de su familia, por Enrique IV y Luis XIV. ¡Cuál ceguera la del pobre mártir! En esa larguísima serie de apellidos estaba su excusa y su defensa, libertándolo de individual responsabilidad. Como le llamaron Capeto, le pudieron llamar Pipino, Clodoveo, Augusto, César, Alejandro, Faraón, Sardanápalo, Nabucodonosor; que todos esos nombres llevaba en su apellido, todos esos espíritus en su alma, todos esos muertos en su vida. Innumerables crímenes y errores suyos se comprenden por el atavismo fisiológico, por la herencia social, por aquella extraña cultura congruente con su posición y con su estado, que jamás le hubiesen adquirido sus servicios, pues posición y estado recibió de su nacimiento y de su atavismo. Yo no conozco un hombre menos rey en la Historia que Luis XVI; no conozco, sin embargo, un hombre capaz de los sacrificios hechos por Luis XVI para fingir que lo era y parecerlo. Así como por su naturaleza física y por su naturaleza moral, ningún placer le tentaba, y los consentía todos alrededor suyo, sin verdaderamente compartírselos, pero sin evitarlos; por su espíritu político no le gustaban los antiguos privilegios, y hacía el sacrificio de su conciencia y de su honra por conservarlos. Cerrajero de vocación y de oficio, limando aceros, metiendo barras en las volcánicas fraguas, gustoso con la compañía del camarada; con tanto deliquio declinaba en secreto la dignidad real, como no consentía delante del público la falta de una coma en su liturgia, de una minucia en su etiqueta. Estuvo á pique de morirse, cuando al jurar la Constitución en manos del Congreso constituyente, vió su regio sillón durante aquel acto al mismo nivel que los sillones de la parlamentaria presidencia. Muy devoto, muy practicante; la oreja del confesor pegada casi á su labio; la misa diariamente frecuentada; en mano el breviario; al cuello el amuleto; no estimaba tanto la religión por su dogma y por su moral como por el brillo que á la corona prestaba y por la confusión en que compadaban el altar y el trono. ¡Cuándo hubiera cometido un perjurio de ser tan creyente como lo suponemos, por reservarse la integridad de su poder y huir á su disminución y á su mengua, si creyera, cual debe creer todo buen católico en la santidad del juramento y en el pecado, en la culpa que lleva el perjurio aparejado y que

conduce derechamente al infierno? Así no cabe dudarlo: una gran parte de responsabilidad en el proceder de Luis XVI pertenece y atañe á él; pero pertenece y atañe otra gran parte á sus progenitores y ascendientes, por lo cual una monarquía hereditaria, entroncada con siglos de siglos, no puede juzgarse aislándola de lo pasado, en un instante del tiempo, ni aislándola del mundo, una porción del espacio. Así, aquellos convencionales en este momento no juzgaban á un individuo, no juzgaban á una familia, juzgaban á cien generaciones sin tener jurisdicción alguna, ni sobre las generaciones pasadas, ni sobre las generaciones venideras. Pero hay que decirlo para dar testimonio de verdad; casi todas las culpas del Rey, que fueran enormes, provinieron de su posición extraña y no de su íntima voluntad. Educado en el absolutismo tradicional miraba de mal ojo los Parlamentos antiguos, donde se confundían las facultades legislativas con las facultades jurídicas; miraba de mal ojo los Notables, é hizo cuanto pudo por desconcertarlos y perderlos; miraba de mal ojo los Estados generales á quienes intentó disolver al reunirse; miraba de mal ojo la sabia tutela de Turgot, revocado, cuando su revocación abría grande portillo á un trono desveneciadísimo, compuerta bien triste al golpe de las revoluciones inminentes; miraba de mal ojo á Necker, porque un ministro de tanta popularidad y talla disminuía el poder monárquico y colocaba un programa económico muy alto, asombrando su cabeza y su corona, confundidas como un solo natural organismo en su pensamiento y en su creencia.

Luis XVI era muy embustero. Siento decir esto de un mártir, á quien su bautismo de sangre ha lavado mucho; mas lo era, y no debe jamás el historiador omitir la verdad. ¡Cuántas veces fingió al gran Turgot devociones múltiples, no sentidas, al contrario ahogadas en su pecho, porque Turgot con sus economías rebañaba dispendios en la corte y disminuía pensiones y lucros á los cortesanos! Con la misma pluma usada para sancionar el nombramiento de Necker, trazaba el plan de la conspiración palaciega contra Necker. Su odio al buen Lafayette le condujo hasta preferir el destronamiento al asidero de gloriosa espada, porque tenía chispas y relumbres de libertad. Mientras adulaba en público al sabio alcalde Bailly, tan liberal, pero tan monárquico, daba en privado la consigna triste á sus electores y partidarios realistas de que votasen por Pétion, muy liberal también, pero muy republicano. Después de haber dado múltiples órdenes para que las tropas reales se juntasen á una en París y aplastaran la Constituyente, al ver el triunfo de la multitud sobre su regia Bastilla, negó haber dado tales órdenes. Afirmaba que se proponía no salir de Francia en su fuga de Varennes y todo el mundo sabe iba derecho á un monasterio sito allende la frontera, en Alemania. Renegó de sus hermanos, afirmando haber toda relación fraternal con ellos roto, desde que á tierras extrañas pasaron y se pusieron al habla con los enemigos invasores de Francia; y diez días después enviaba como emisario suyo al célebre Mallet du Pan para que le diese plenos poderes al Provenza y lo encargase de representar la dignidad monárquica mientras fuese presa de los ministros y de los

diputados. Nada, tantas veces dicho y redicho por el buen soberano, como que trataba con las potencias extranjeras mediante sus embajadores constitucionales; mientras, á espaldas de estos embajadores, conjuraba las cóleras del Rey de Prusia contra su propio reino: deponía una protesta dirigida con sigilo á Carlos IV declarando cómo había jurado la Constitución por ceder á un caso de fuerza mayor y cómo había perpetrado un verdadero perjurio. ¡Cuántos señuelos tendidos á Mirabeau en la providencial hora de la fortuna del tribuno, y cómo luego lo entregó á eterna infamia en sus papeles, pagándole sus servicios con irreparables calumnias! Mintiendo sus labios odio al extranjero, llamábalo su pluma. El interior levantamiento de sus partidarios, la guerra religiosa en los pueblos vendeanos, la guerra civil en Aviñón y el Mediodía le repugnaban: más pareciale á él y á su mujer y á su hermana la cosa más natural del mundo un ingreso de las gentes extranjeras en Francia, para subirlos de nuevo al pináculo de su tradicional autoridad en la restauración del trono absoluto, y luego en paz marcharse dejando al pueblo siervo y á ellos déspotas. Desde la tribuna misma del Cuerpo Legislativo, donde se había refugiado la mañana del diez de Agosto, Luis expidió un emisario suyo, Mr. Auber, al rey de Prusia, diciéndole que, si quería salvarle de la cautividad ó de la muerte, perpetrase la invasión germánica en el seno de Francia, incendiada é incendiaria. Convengamos á la vista de todo esto en la parte de responsabilidad personal que atañe al Monarca de sus culpas propias, pero demos á la herencia una parte considerable. De llevarse la justicia con rigor, había que desenterrar muchos reyes del panteón de San Dionisio y llevarlos á la barra convencional para que respondieran de sus culpas y las purgaran en el tremendo castigo, muy justo, si el tiempo, y sobre todo la muerte, no trajesen inevitables prescripciones. Ningún rey absoluto comprende la idea de la Nación independiente y libre. Todos se juzgan á una con derecho á intervenir en los Estados ajenos, mayormente si arde algún incendio en estos Estados. Hijos los reyes por regla general de madres extranjeras, aman sobre su propia patria, que apenas ven desde los vertiginosos picachos del trono, la patria de sus padres. Carlos VI era primo de Luis XVI, pues por este parentesco el rey de Francia exigía que los españoles, sus primos hicieran la primada de reconstituirlo y reinstalarlo en el trono.

No pretenda juzgar estos tiempos creadores quien desconozca lo que significa para un pueblo pasar de un régimen monárquico al régimen republicano, y pasar con anticipación forzosa, por culpa de los que debieron impeler adelante con mesura, impelieron los cuidados con exceso, como por culpa de los que debieron resistir con inteligencia, y resistieron, ya con estolidez, ya con locura. El paso por estas líneas equinociales del tiempo sólo puede compararse al paso por las líneas equinociales del planeta. En las memorias de Colón consta la referencia de un momento angustioso por el descubridor experimentado y sufridó, entre ansias, entre auhelos, entre angustias. Es el momento en que su brújula vacila; y esta vacilación le hace creer que se apaga en el espacio celeste la estrella norte, y

que se hunde bajo la quilla de su barco el espacio marino. Empresa formidable la del pueblo francés derribando con una mano, dentro, el Estado monárquico, y con la otra mano impidiendo lejos de sus fronteras patrias, la irrupción germánica. Estos dos actos simultáneos me recuerdan los actos de nuestro Emperador Teodosio, cerrando el templo de todos los dioses paganos y corriendo luego en armas á las líneas fluviales, defensoras del imperio romano, para combatir y rechazar la irrupción de los bárbaros. No quedó un extranjero en Francia poco después de Lila y de Valmy, en tanto que los frauceses, vencedores de las enseñas monárquicas, entraron en Chambéry, Niza, Maguncia, Mons, Lieja, Bruselas, obedeciendo á la Convención y entonando la Marsellesa. Y, al realizar este acto de limpieza exterior, cumplen otro acto de limpieza interior: abrogar la monarquía, y en esta increíble abrogación, despedir á todos los empleados monárquicos. Esta limpia de la irrupción extraña fuera y dentro de la burocracia cortesana, equivale á una revolución social. Cosa fácil cambiar las ideas; cosa más fácil todavía cambiar las instituciones; pero ¿con cuál teja os rascan la lepra y el cáncer de las añejas, (qué digo añejas) de las seculares costumbres? Con mayor facilidad se sustituye la ciencia que se sustituye la experiencia. Las edades, esas hijas del cielo, no se dejan forzar por los hombres. Los republicanos más intransigentes empleaban el habla monárquica en todos sus usos y en todos sus modismos. Un empleado no provisto del nombramiento real pareciale un ente imaginario é imposible. ¡Cuántas veces he oído yo decir en plena República, por un ministro republicano á otro ministro republicano: «dad sobre tal extremo una real orden». Y tales republicanos pertenecían á la estirpe de aquellos que jamás llamaron al teatro de la Opera teatro Real y que no querían en la Española sentarse, después de nombrados académicos, porque la corporación se llamaba Real Academia. No hacia mucho tiempo que los Reyes fueran, entre delirantes aclamaciones, desde su palacio de Versalles á la iglesia de San Luis para sellar, abriendo los Estados Generales, el pacto de inteligencia entre el trono y el pueblo. No hacia mucho tiempo que, jurada la Constitución por el monarca, saludó á éste con delirio el pueblo, creyéndolo fiador y seguro de su libertad. No hacia mucho tiempo que Robespierre combatía, como dos actos de verdadera demencia colectiva, los dos actos de aquellos meses creadores: el acto de aceptar la guerra con los extranjeros y el acto de proclamar con solemnidad la República. Pasar de aquel viva consagrado á Luis, viva en que se le llamaba restaurador de la libertad francesa, tan de súbito, al ¡viva la República! parece incomprendible. Y se pasó. Carlyle, con esas bruscas salidas de tono tan gsniales, tan profundas, tan inspiradas, exclama describiendo este minuto del paso á la República desde la realeza: «El año ochenta y nueve, un diputado, Barrere, allá, en la inmortal Asamblea Constituyente, lloraba viendo al Rey Luis reconciliado con el pueblo francés; y el noventa y dos, este mismo diputado, sin derramar una lágrima, se pone á discurrir sobre si el Rey, á quien loara tanto, sería ó no guillotinado.» En estos períodos cri-

ticos de la Historia se ven dos fenómenos por todo extremo curiosos: el primero, la facilidad con que se caen á una sacudida las viejas instituciones, el segundo, la dificultad con que se sustituyen y reemplazan.

Mientras la mayor parte de los ciudadanos redimidos y libres se amoldaban al viejo patrón de las costumbres; los pensadores, colocados en posición de legislar, daban á su pensamiento rienda suelta y proponían una Constitución abstracta, hecha por completo en el angosto molde nuevo de sus creencias y de sus dogmas, todos ellos con carácter individual, los más con algún carácter colectivo, los menos con algún carácter de Iglesia cerrada y de secta intransigente. Nada tan fácil como señalar los manantiales, de donde las ideas tomaban curso para desaguar en aquel Océano de agitadas pasiones llamado la Convención Nacional. En ciertos abates, idos desde las aras de los altares á las cumbres de los Parlamentos, veíase la influencia de Jansenio, generador de un mitigado protestantismo, el cual hubiera querido constituir una Iglesia galicana, prevalido de ciertas tradiciones eclesiásticas francesas, muy semejante á las Iglesias escocesa y anglicana del régimen británico, Iglesias en que hallaban ellos la base de aquella envidiable libertad y de aquel soberano Parlamento. Sieyes y Gregoire y otros convencionales eclesiásticos provenían de Jansenio, cualesquiera que fuesen las ampliaciones por ellos dadas á sus teorías y las consecuencias extraídas de sus apotegmas. Junto á este catolicismo adulterado, que privó en Francia cerca de dos siglos, se levantaba un Catolicismo, parecido á una doctrina cósmica, con caracteres sincréticos que pugnaban por abrazar todas las teogonías paganas en el dogma, enriquecido de ideas mágicas, arrancadas á las estrellas del cielo, y síntesis científicas, formuladas como los sistemas alejandrinos; especie de apocalipsis en el cual Dante se confundía con Homero, Fidias con Rafael, San Pablo con Séneca, la rotonda de San Pedro y los campanarios de Nuestra Señora, con las pirámides egipcias y las pagodas indias. El abate Fouché representaba esta tendencia, la cual, no sólo quería una Iglesia humana en que cupiesen todos los dioses, como en el panteón romano, quería una República universal, en que cupiesen todos los hombres redimidos y libres. Tales eran los caracteres eclesiásticos más culminantes de la Convención francesa. Luego venían las sectas civiles y laicas, más numerosas y más influyentes, pues, aunque Sieyes influyó muchísimo, influía, no por su carácter eclesiástico, á pesar de su carácter eclesiástico. Entre las sectas laicas descollaba de bulto nada menos que la Enciclopedia, representada en su aspecto de ciencia por Condorcet y en su aspecto de práctica y de aplicaciones por Dantón. Aunque aquél se perdía en el Génesis de los conocimientos humanos, y en medio de la tempestad, sólo veía y observaba el sosegado curso de las ideas, abstrayéndose dentro de sí mismo hasta en el estruendo de la Convención, tenía muchos puntos de contacto con el dogma dantoniano, por aquello que decía Fausto en sus monólogos: al principio era el Verbo, después del Verbo era el acto. Pues bien, dentro de la Convención,

era Condorcet el Verbo, y era Dantón el acto de la Enciclopedia. Mas quedaba en este punto el iris de las ideas allí arraigadas. El prisma tenía más colores, los colores tenían más matices. Desde luego brillaba en aquel estrellado espíritu de la Convención, muy parecido á un cielo tempestuoso abrasado por grandes incendios cósmicos, una escuela heleno-romana, en cuyo numen y estro, no solamente se inspiraba una parte de aquella característica elocuencia, se inspiraba también una parte de aquella filosofía, las cuales generaban mucha porción de la política convencional. Demóstenes y Cicerón aparecían para tal secta como los espíritus generadores del Verbo revolucionario; las repúblicas de los Pericles y los Gracos, el arquetipo, á que debía, en su desarrollo, sujetarse la República Francesa; los hombres de Plutarco y la moral de Plutarco, descritos aquellos á la continua en literarias sesiones y predicada ésta en conferencias casi teológicas, el último límite á que puede llegar toda perfección. En tal espíritu se inspiraba el estoicismo de Mr. Roland, el pensamiento de Madame Roland, el carácter íntegro de Buzot, el ideal de Vergniaud, quien veía en inspiradas visiones el juicio final de los Reyes, todos destronados, y el advenimiento de las democracias, componiendo una federación universal republicana, donde se cristalizan la libertad, la igualdad, la fraternidad; pensamientos y afectos generadores de una sociedad perfecta. Pero, quien lo dominaba todo, quien á todo se sobreponía, el dictador de tal Congreso, el Verbo de aquella política, el alma de la Convención, era indudablemente Rousseau, quien sostenía el principio de los principios convencionales, el principio de la democracia verdaderamente absolutista, de una democracia en que todo el pueblo gobierna y es gobernado por sí mismo; con una sola Cámara, quien represente la unidad nacional y la igualdad política; con unos comités ejecutivos dimanados de la Convención y ante la Convención responsables; protoplasma de República indefinido y costoso. He ahí el prisma de la idea republicana en aquella Convención.

Así, por el comité amplio constitucional, apuntaban muchas ideas y muchas tradiciones que durante largo tiempo se combatieron entre sí en Francia sin llegar á una verdadera síntesis. Junto con el sincretismo religioso de Fouchet dominaba el sincretismo humanitario de Anacarsis Klotz. Aquel quería producir un ideal nimbo para las sienas del pueblo con las revelaciones religiosas; quería éste hacer de la humanidad entera un solo cuerpo animado por una sola filosofía, por una filosofía tan universal como humanitaria. Pero la realidad se imponía con imposición incontrastable á todos. Y el principal representante de la realidad en aquella comisión importantísima constitucional era Sieyes, quien á su cargo tomaba el hacer una constitución, como pudiera tomar un arquitecto cualquiera el hacer ó construir un edificio. Lo mismo servía este buen abate para un fregado que para un barrido. El tomó trabajo capital en la Constitución democrático-monárquica de la primer Constituyente francesa; él también lo tomó en el Código convencional, donde se proclamaba un absolutismo popular ejercido por una sola Cámara y organizado sobre las ba-